

cuya soledad parecía asombrada de aquella visita inesperada : el piano se hallaba abierto y mudo.

—¡Nadie!....—exclamó Berta suspirando.

—¡Nadie!....—repitió Juana abriendo los ojos.

Y era la verdad: el pabellón estaba desierto.

X.

No hay duda: el piano de Berta tiene la cualidad maravillosa de hacer sonar sus cuerdas sin que mano humana intervenga en ello. Y en tal caso, es preciso convenir que tan prodigioso instrumento es, además, un músico consumado, porque ejecuta con la maestría que sólo consiguen los grandes profesores.

Mas como al ama Juana no le cabe en la cabeza que un piano pueda sonar por sí solo, sin que una mano por lo menos mueva las teclas, ha decidido que anda en este asunto diabólico la mano invisible, la mano cadavérica de algún espíritu del otro mundo.

No es ésta una suposición absolutamente admisible, porque parece bastante confirmada la averiguación de que los espíritus no tienen manos. Mas la nodriza no se detiene en esas me-

ticulosidades, y cree á pie juntillas que el espíritu de Adrián Baker anda suelto por la quinta. Condenado tal vez á un tormento eterno, se complace en atormentar á los vivos aun después de muerto.

Y es una diablura, porque la serenata se repite todas las noches; la familia se pone en movimiento; acuden al pabellón, y el piano enmudece; llegan, y no encuentran á nadie. Se ha observado que las melodías que Berta toca por las mañanas, las repite el piano por las noches.

Juana se siente asaltada de terrores continuos; en la casa no hay sosiego. El padre de Berta no sabe qué pensar de semejante prodigio, y su razón está llena de confusiones y su corazón de sobresaltos. La luz del día disipa la agitación de sus espíritus; les parece que son víctimas de vanas alucinaciones, y, armándose de un valor heroico, hacían proyectos para penetrar hasta el fondo de tan tenebroso misterio.

Era preciso que el más valiente se escondiera en el pabellón, y allí, oculto, esperara la hora del prodigio; de esta manera se sabría qué dedos eran los que hacían sonar las cuerdas del piano.

Firmes en este propósito, esperaban las primeras obscuridades de la noche; pero entonces flaqueaba el valor de los más fuertes, el aire se llenaba de sombras pavorosas, el silencio de ruidos misteriosos, y nadie se atrevía á salir de la

casa. Las noches se pasaban en vela, y el pavor de que todos estaban poseídos, las hacía interminables.

Y he aquí lo que son las cosas: para Berta los días eran eternos, y esperaba las noches con ansiosa impaciencia.

Por matar el tiempo, quiso una tarde visitar las ruinas del monasterio, y mostró un empeño tan vivo, que no hubo más remedio que acceder á su deseo. Su padre y su nodriza decidieron acompañarla, y los tres se pusieron en camino.

No era grande la distancia que separaba á la quinta del monasterio; pero la comitiva caminaba despacio. Las ruinas desaparecían de pronto detrás de una colina, como si la tierra se las hubiese tragado; mas á los pocos pasos aparecían de repente delante de los ojos, y los escombros del atrio, completamente arruinado, detenían el paso del viajero.

Desde allí la mirada podía contemplar los muros destrozados, las paredes derruidas, los techos hundidos, y entre las piedras descarnadas las flores solitarias de las ruinas. Sólo habían resistido hasta entonces á las inclemencias del tiempo los arcos que sostuvieron la bóveda de la capilla.

La nodriza se hubiera vuelto á la quinta de buena gana, y el padre de Berta no hubiera pasado de allí; pero Berta se adelantó por los

escombros del atrio, y fué preciso seguirla.

Penetró en la capilla, pasando por debajo de aquellos arcos desnudos que amenazaban desplomarse, y fué á salir á lo que debió ser el centro del monasterio, pues los restos del muro y algunas pilastras despedazadas y mal sostenidas sobre su base, descubrían cuatro calles que, uniéndose por los extremos, formaban un cuadro: aquello debió ser el claustro; en el centro había vestigios de una cisterna cegada.

Allí se sentó Berta sobre un trozo de cornisa que se hallaba empotrada en los escombros. Parecía complacida en medio de aquella desolación. Su padre y su nodriza llegaron con el terror pintado en los semblantes; habían oído ruido de pasos en la capilla; más aún: Juana había visto una sombra deslizarse, no sabía cómo ni dónde, pero estaba segura de que la había visto.

Berta se sonrió, diciendo:

—Ruido de pasos, y una sombra.... Bien. ¿Qué daño pueden hacernos esos pasos y esa sombra?... Serán los pasos de Adrián Baker que nos sigue; será su sombra que nos acompaña: ¿qué tiene eso de extraordinario? ¿No sabéis que lo llevo en mi corazón?... ¿No sabéis que lo espero, que siempre lo estoy esperando?...

El nombre de Adrián Baker hizo estremecer al padre y á la nodriza.

—Bien, hija mía (dijo el primero); pero es-

tamos lejos de la quinta...., el sol se está poniendo...., ya es tarde.

—Sí, sí (añadió Juana); volvámonos.

Berta atrajo hacia sí cariñosamente á su padre, y le dijo:

—Padre mío, no estoy loca. Juana, no estoy loca. Adrián me prometió volver, y volverá. Yo lo espero. ¿Por qué ha de ser esto una locura? Sé que os aflijo, y yo no quiero afligiros. He pedido á Dios mil veces de rodillas que arranque de mi corazón su imagen y aparte de mi memoria su pensamiento; pero Dios, que ve todas las cosas, que todo lo penetra y todo lo puede, no ha querido. ¿Por qué? Él solo lo sabe.

Los ojos del padre se cubrieron de lágrimas, y la nodriza ocultó el rostro entre las manos para contener los sollozos que hervían en su garganta.

Berta añadió:

—Sí, ya es tarde....; mas me siento muy cansada....; esperemos un momento.

Nada tuvieron que replicar, y nada hubieran podido replicarle, porque la voz les faltaba.

Los tres guardaron silencio.

De repente los tres se miraron con ansiedad indecible, porque los tres habían oído un suspiro, un suspiro humano, que parecía exhalado por las ruinas que los rodeaban.

¿Sería una ráfaga de viento que había gemido

al rasgarse entre los picos agudos de las rotas paredes?

Berta se puso en pie, y, alzando la voz, exclamó por dos veces:

—¡Adrián!.... ¡Adrián!....

Su acento se extendió por el aire, perdiéndose á lo lejos; pero antes de que acabara de extinguirse, otra voz resonó entre las ruinas, diciendo:

—¡Berta!.... ¡Berta!....

El sol acababa de ponerse, y las obscuridades del crepúsculo, como si brotaran de entre las ruinas, comenzaron á cubrir los muros desmoronados y las paredes desgajadas.

En uno de los ángulos del claustro apareció una sombra que se movía. Esta sombra se adelantó lentamente hasta llegar al centro, en que se veían los vestigios de la cisterna cegada. Allí se detuvo, y con voz clara y dulce pronunció estas palabras:

—Yo soy, Berta; yo soy.

—¡Él!—exclamó ella, tendiendo los brazos en el aire.

Juana lanzó un grito de terror, y se agarró á Berta con toda la fuerza de sus manos; el padre quiso levantarse, y, no pudiendo sostenerse, cayó de rodillas junto á su hija....

XI.

No era posible evadirse del testimonio de la evidencia. Cualquiera que fuese la causa oculta del misterio ó la tenebrosa clave del prodigio, la sombra que acababa de aparecer en el ángulo del claustro era claramente la imagen auténtica, la vera efigie, la persona misma de Adrián Baker. Los ojos atónitos de Berta, de su padre y de la nodriza, no podían desconocerla.

Sus cabellos rubios, su frente pálida, el contorno de su figura, su aire, su mirada, su voz...., todo estaba allí delante de los ojos asombrados de Berta, de su padre y de su nodriza.

Ahora bien: ¿era aquello una creación fantástica de sus sentidos turbados? ¿Era un fantasma imaginario, ó una realidad? ¿Padecían los tres al mismo tiempo la misma alucinación? El pensamiento fijo de los tres, era Adrián Baker...., y los sentidos suelen muchas veces fingirnos la realidad de nuestras vanas imaginaciones. El estado en que se hallaban sus ánimos, el lugar, la hora.... ¡Ya se ve! El aire produce sonidos que engañan; la luz y la obscuridad que se mezclan y confunden en la hora misteriosa del crepúsculo, pueblan la soledad de las más raras

visiones. Y en medio de aquellas ruinas que empezaban á tomar formas caprichosas, y, digámoslo así, á moverse bajo las primeras obscuridades de la noche, Berta, su padre y la nodriza bien podían creerse en presencia de un espectro evocado allí por su presencia.

Mas es el caso que la sombra, en vez de desvanecerse, en vez de transformarse, como acontece en esas quiméricas apariciones, adquiría ante ellos líneas más precisas, contornos más seguros, conforme se iba acercando al grupo que formaban.

Llegó á él, y asió suavemente la mano que Berta le tendía. Resplandecía su mirada con el fulgor de un triunfo supremo.

—Soy yo (dijo, con acento conmovido). Yo, Adrián Baker.... No soy un espectro que sale del sepulcro....

Berta se sintió desfallecida, y tuvo que sentarse, y Adrián Baker siguió diciendo:

—Perdóname. He puesto tu corazón á una prueba terrible; pero todavía eran más terribles las dudas de mi alma. El mundo había llenado mi espíritu de horrorosa desconfianza...., y he querido penetrar hasta la última profundidad de tu amor. Has resistido á la ausencia, y has resistido á la muerte. Tu amor no ha sido para mí un desvanecimiento fugitivo; no te engañabas al jurarme un cariño eterno. Me alejé de ti para

espiarte, y quise morir para comprenderte... Te he seguido por todas partes: no me he separado de ti ni un momento. ¡Dulce Berta mía! Me esperabas vivo, y me has esperado muerto. «Si me esperas, te dije, tu propio corazón te anunciará mi vuelta», y, ya lo ves, he vuelto. Sentía hacia ti una ternura inmensa, y devoraba mi corazón una duda espantosa. ¿Te habían deslumbrado mis riquezas?... Perdóname, Berta. Una sabiduría tenebrosa había helado la fe en mi alma: dudaba de todo, y dudé también de tu corazón...., de ti misma.

Berta cruzó las manos, y, levantando los ojos al cielo, exclamó tristemente:

—¡Dios mío! ¡Qué cruel injusticia!

—¡Sí! (prorrumpió Adrián Baker). ¡Cruel injusticia! Pero tú has resucitado mi corazón; por ti ha vuelto mi alma á la vida.

—¡Ah! (dijo Berta, apoyando las manos sobre su pecho.) ¡Si fuera tarde!...

Luego se dirigió á su padre y á su nodriza, diciéndoles:

—Siento mucho frío: volvamos á la quinta.

Y apoyándose en el brazo de Adrián Baker, se puso en marcha.

Su padre y su nodriza la siguieron silenciosos. El buen señor lo había comprendido todo; pero la pobre mujer no comprendía nada.

Lo que pasó aquella noche en la quinta no hay

para qué referirlo: fué una noche de dolor, de agitación y de angustia. Fué preciso ir á la ciudad y traer un médico, ¿por qué?, porque Berta se moría. Adrián Baker parecía desesperado; el infeliz padre se ahogaba en sollozos y la nodriza se escurría á llorar, sin que nada bastara á contener sus lágrimas.

Á la madrugada hubo que volver á la ciudad, porque el médico del cuerpo había agotado los recursos de la ciencia, y era preciso acudir al médico del alma.

Amanecía apenas, cuando un sacerdote se apeó en la puerta de la quinta. La enferma lo recibió, si es posible decirlo así, con triste alegría, y poco después todo había concluido.

El cadáver, colocado sobre un lecho fúnebre, se hallaba en medio de la habitación, alumbrado por seis blandones, que llenaban la estancia de tristes resplandores: la ventana, abierta, dejaba entrar la luz de la mañana, y el viento del otoño, arrancando las hojas secas de los árboles del jardín, las arrojaba sobre el cuerpo inanimado de Berta, como si la muerte rindiera homenaje á la muerte.

Atraída por el resplandor de los blandones, una mariposa blanca se deslizó silenciosa, y voló formando círculos alrededor de la cabeza de la difunta.

Velaban el cadáver, el padre, inclinado sobre

el lecho mortuario, bajo el peso de un dolor enorme; la nodriza, deshecha en lágrimas; Adrián, con los ojos secos y brillantes, pálido, inmóvil, mudo, terrible, y el sacerdote, cruzado de brazos, con la cabeza caída sobre el pecho, murmurando piadosas oraciones.

Tal era el cuadro que el sol de aquella mañana sorprendió en el cuarto de Berta. Los pájaros del jardín llegaban hasta pararse en los hierros de la reja, pero no se atrevían á entrar; miraban inquietos, y huían despavoridos; piaban sobre las ramas de los árboles, y sus tristes gorjeos parecían gemidos.

Exhalando un suspiro, arrancado de lo más profundo del alma, Adrián Baker dijo con voz sorda:

—¡Infeliz de mí!... ¡Yo la he muerto!

—¡Ah! Sí (exclamó el sacerdote, moviendo lentamente la cabeza). ¡Justicia divina!... La duda mata.



EL NUMERO 13